

Lectora fiel

Patricia Zama



a

A LO LARGO DE LOS ÚLTIMOS CUARENTA AÑOS creo haber reseñado cada uno de los libros de René Avilés Fabila. En diferentes textos he dicho que en las historias de sus cuentos y novelas descubrí a heroínas inauditas para la literatura mexicana, protagonistas del mundo real, que gozan el amor sin esclavismos. He escrito de sus puntuales memorias que rescatan a los actores imprescindibles de la cultura en México, de sus eruditos y divertidos cuentos donde recrea la mitología griega y universal, y de su implacable e irónica prosa política. La grandeza de la obra de René está ampliamente documentada y no sólo por mí, su lectora fiel.

Por eso, hoy no me ocupo de ninguno de sus libros en especial, hoy escribo de mi amigo René, cuyo impacto en mi vida y en la cultura mexicana crece como las estelas en el agua. Y lo hago a su estilo, es decir, desde mi experiencia personal: fue él quien me acercó al oficio más gratificante que he ejercido, el de leer y escribir acerca de esas lecturas.

Estudié periodismo y conocí a René en septiembre de 1977, cuando trabajé en el entonces naciente *unomásuno*, primero como ayudante de redacción, luego como reportera de cultura y finalmente como corresponsal de esa sección en Madrid. Al principio mi contacto con René era superficial, a pesar de que en mi casa él era toda una leyenda, porque le dio clases de civismo a mi hermana Guadalupe en la secundaria 35, General Vicente Guerrero, plantel muy cercano a la Prepa 6, en Coyoacán. Guadalupe conservaba como tesoro una fotografía donde posaba con su maestro, célebre tanto por su gallarda figura, como por incitar a sus alumnos a cuestionar toda autoridad. Aunque yo también estudié en la 35, no fui su alumna, para entonces él ya vivía como estudiante en París.

Lo conocí, pues, en el 77 y nuestras vidas se unieron para siempre cuando me casé con su amigo, el escritor y periodista Marco Aurelio Carballo.

En *unomásuno* lo vi llegar a entregar sus colaboraciones: guapo, impecable, galante y risueño, y leí sus artículos críticos, donde las tragedias de la vida nacional provocaban carcajadas y el lector se obligaba a reflexionar en los lados más oscuros de la política y la cultura desde la esquina del humor irreverente y sarcástico.

A partir de aquellos días, junto con Rosario Casco y otros queridos amigos cercanos fuimos compañeros de tertulias, de parrandas y de viajes. Quizá porque siempre me veía leyendo algún libro, quizá porque siempre hablábamos de nuestras lecturas, o más bien, quizá porque solía regalarme sus cuentos y novelas y yo leerlos, un domingo nos convocó a Marco Aurelio y a mí a desayunar en el restaurante del club Libanés de la colonia Florida, donde lo hacíamos con cierta frecuencia, para contarnos de su nombramiento como director de la página cultural del periódico *Excelsior*. Me pareció natural que invitara a Marco Aurelio a publicar eventualmente crónicas en el periódico, pero me dejó muda cuando a mí me propuso escribir una columna fija de comentarios de libros. Yo tenía más de dos años alejada de los periódicos. La experiencia en *unomásuno* me dio la certeza de que por mucho que me gustara la aventura, no podría vivir del sueldo de periodista, y empecé a trabajar en la UNAM, que hasta hoy sigue siendo mi casa. No habría vuelto a los diarios a no ser por la proposición de René.

Acepté muerta de miedo, pero muy pronto escribir aquella cuartilla que entregaba cada semana me llenó de gozo. No había pasado ni un año de nuestro debut en la sección cultural, cuando René convenció al

director de editar un suplemento cultural semanal. Así nació *El Búho*, y entonces me encargó una misión más intensa: quería una columna semanal de novedades y comentarios de libros, “unas cinco cuartillas”, me dijo, y yo me aterré. Eso que parecía tan simple ocupaba mi cabeza de día y de noche, y después, cuando me retiré unos años de la oficina para criar a mis hijos, escribir cada semana la columna “Los libros del Búho” se convirtió en mi trabajo de tiempo completo.

No sé si habrá alguien que desempeñe un oficio por menos dinero del que nos pagaban entonces a todos los colaboradores de *El Búho*, pero estoy segura de que nadie era tan feliz como nosotros al hacer su trabajo. Las páginas del suplemento se llenaban cada semana con las plumas de jóvenes y consagrados, había ensayos brillantes, entrevistas con grandes personajes de la cultura, ilustraciones geniales, cuentos, poemas, humor y polémica. Poco a poco la comunidad de colaboradores y lectores creció y estar juntos texto con texto y copa con copa se volvió una celebración permanente. Y cuando cancelaron la publicación del *El Búho* en *Excelsior*, esa comunidad creció aún más. Rosario y René crearon la fundación René Avilés Fabila y la revista independiente *Universo del Búho*. A esto siguieron un sinnúmero de actividades, la consolidación de la biblioteca de la fundación que sin duda es la más importante en literatura mexicana contemporánea, el Museo del Escritor, las publicaciones en coedición con diferentes instituciones, exposiciones, coloquios, encuentros, homenajes... Las estelas de la presencia de René se siguen multiplicando en cientos de miles de alumnos, lectores, amigos y personajes. Ha sido un gran privilegio haber estado cerca de René, ser parte de esta gran comunidad que formó y ser su lectora fiel. 